

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION É IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM., SEIS MESES 12 IDEM., UN AÑO 22 IDEM.

SUMARIO.—I. *La decencia pública*, M. P. Bermudez de Castro.—II. *El cinturon*, Dionisio J. Delicado y Rendon.—III. *El alma en un beso*, Domingo Arjona.—IV. *La verdad*, Fernando Araujo.—V. *¡Delirando!*, Rafael Quintana Medina.—VI. *Rimas*, Gabriel de Enciso Nuñez.—VII. *Ráfaga*, Francisco Vives Liern.—VIII. *Olvidar*, Sofía Perez de Casanova.—IX. *¡Cantal*, Antonio J. Verdejo.—Noticias—ANUNCIOS.

LITERATURA.

LA DECENCIA PÚBLICA.

Vamos á ocuparnos de un asunto árduo y espinoso.

Hay ciertas palabras que queman más que un boton de fuego, que lastiman como no lo hace la más hercúlea bofetada.

¿Qué es la decencia pública?

Todos lo sabemos y sin embargo nadie se atreve á definirla.

Hemos empezado este artículo creyendo tratar una cuestion de moral y nos encontramos frente á frente con esta palabra, cuyo significado no me atrevo á dar al papel.

The times is money, esta es la frase con que el negocio se estereotipa.

Ante esta palabra tan perfectamente comprendida corre la sociedad como loca tras un pedazo de oro.

Pero si llamáreis á las puertas de esa misma sociedad y la pidiéreis su concurso para levantar la moral, pocos, quizás muy pocos, acudirían á la convocatoria.

Llamadla á un magnífico baile, citadla á una por una de las diversiones públicas, requeridla para una funcion dramática, y la vereis con la satisfaccion en el semblante acudir presurosa á vuestro convite.

¡Terrible situacion, pere verdadera!

El corazon humano ávido de placeres sea de la clase que sean, pasa indiferente ante el por-diosero que impetra una limosna para si ó sus hijos.

Y á esta marcha de la humanidad hay algunos autores de la filosofia moderna que han dado en llamarla *civilizacion*.

¡Cruel sarcasmo! la civilizacion avanza en verdad, las ideas de la moral se inoculan en el niño desde la cuna al par de las ideas del progreso; pero lanzado ya jóven en el torbellino de las pasiones, olvida las primeras para dar paso á las segundas.

Y estos son los frutos de esas doctrinas publicadas con pomposo titulo por los publicistas de hoy: esa es la cosecha, por decirlo así, de aquella dañina semilla.

Si antiguamente hubiéramos oido ó presenciado una de esas escenas de colores no admitidos en la sociedad culta, moral y religiosa, hubiéramos por lo menos cerrado los ojos.

Hoy pasamos indiferentes ante ellas y los rostros más pálidos no se revisten, al presenciarlas, del color de la vergüenza.

Y no se dirá que exagero el fondo de este cuadro.

Nada más cierto, nada más verdadero; el fondo es oscuro, pero en él resalta el colorido magno de la verdad, y en la conciencia está de todos los que miran la pintura.

Y veáse, sin embargo, ¡qué horrible contraste! un hombre comete el feo delito de robar un objeto cualquiera, aunque éste sea de poco valor, y los tribunales le juzgan y le imponen meses de prision; pero ese mismo hombre seduce primero con palabras y luego con hechos á una mujer honrada, y como no hay testigos, lo absuelve.

¡Cuántas reflexiones se ocurren tras estas tristes verdades!

O volviendo la oracion por pasiva. ¡Cuántas verdades tras estas tristes reflexiones!

¡El pudor! ¡la decencia pública!

Nada tan hermoso como el pudor, nada tan atractivo como la moral, nada tan edificante como la caridad privada y pública.

Pero frente á frente de esas nunca bien ensalzadas virtudes, las pasiones se muestran con brillantes atavíos, con incitantes galas; y el corazon humano ofuscado como mariposa ante la brillantez de la luz, cae loco, frenético, á disfrutar el sibarítico goce de los vicios y las pasiones.

Mas, lanzamos esta pregunta, cuya contestacion no sabemos darnos, ¿el mal que comete cada individuo en la sociedad no está garantizado, por decirlo así, por el que la misma en su inmensa mayoría lleva á cabo?

Aclaremos, sin embargo, estos puntos oscuros; dejemos á la filosofia moderna hincar sus aceros dientes en nuestra severa moral, dando un bofeton (permitasenos la frase) á los publicistas del dia.

Un baile, por ejemplo.

Id á él; pero si concurrís, claro está, no podreis llevar vuestras mujeres, vuestras hijas, con el más modesto traje con que las llevais á paseo; las joyas que diariamente ostentan son demasiado conocidas para hacer papel en ese baile donde todo será lujo, elegancia, boato.

Ese prendido, ayer tan costoso, elegante y de tan refinado gusto, ese que ayer envanecía tanto vuestro amor propio de padre, hermano ó marido, hoy sería ridículo, antiguo ante esa sociedad que vá á entregarse loca, desvariada á los placeres de Terpsícore y... entonces aunque vuestros fondos no lo permitan, contraeis deudas, añadís una suma más á las que quizá por idéntica causa, duerman en vuestra gabetá, mientras que algunos artistas que os fiaron esas joyas, os roban no pocas horas de sueño.

Pero llegareis al salon ó á los salones, figurareis en primera línea entre las aristocráticas familias que pueblan el ó los de la elegantísima duquesa, R... ó los marqueses J... y allí confundidos entre tanta luz, sedas, brillantes y oro, perdereis la cabeza, os embriagareis con tanto perfume, con tanto boato, olvidando pronto vuestra modesta medianía.

Vuestra mujer recatada ó vuestra pudorosa hija que *por decencia* salía á la calle con un modesto vestido cerrado hasta el cuello, hoy lleva uno de costosa seda y presenta á la sociedad que pulula entre música, flores y luces, toda la morbidez de sus hombros y su turgente seno.

Y así lanzándose en el vértigo de la danza, escuchando por doquiera frases galantes, equívocos pocos morales, pasa rápida, deslumbrada

en las vueltas del incitante vals de los brazos de un Tenorio de nuevo cuño á los de un almiarado pollo.

Y uno y otro ciñen su esbelto talle, unen su aliento á los perfumes que exhalan sus blandos rizos y envueltos en esa atmósfera de fuego y de encantos, dan un puntapié, por decirlo así, á la moral, que en otro lugar y ocasion no hubiese *por decencia* permitido tales desacatos.

Pero ¡qué importa? para salir á la calle, ir á visitas ó frecuentar un paseo, *la decencia* exige con mucha compostura y recato un vestido cerrado y sin pretensiones; para ir á un baile, la sociedad os pide lujo, mucho lujo, gasas, flores, vestidos de seda y que la mujer lleve los hombros y el seno casi al aire.

Esto es justo, lógico, qué no hemos de tributar culto á esa sociedad en que vivimos y que tantos goces nos proporciona?

Basta, basta...

Corramos un velo, ojalá éste sea tan tupido como la voz de la conciencia.

M. P. Y BERMUDEZ DE CASTRO.

1.º de Junio de 1875.

EL CINTURON.

¡Bah! habeis dicho, haciendo un desdenoso gesto al leer el epigrafe con que comienza y la firma con que acaba el presente articulejo, *este escritor* ha dado en la manía de tomar, para trabajo nuestro y tema de los suyos, una tras otra las bagatelas más insustanciales, hasta agotarlas todas y agotarnos de paso la paciencia! ¿Que pretenderá decirnos ahora del cinturon que merezca la pena de leerse?

Y yo, respetabilísimos lectores, que he sorprendido el gesto, héchome cargo de la reflexion y escuchad la pregunta, debo contestaros que el achaque de que me acusais, no nace de manía sinó de prudencia, no de caprichosa terquedad sinó del conocimiento de mi escaso valer. Para ingenios de más alto vuelo están reservados los grandes asuntos, á que el mio pobre y humilde no podría osar sin que le sucediera lo que al presuntuoso muchacho de la fábula. Para acercarse impunemente al fuego de la ciencia, son menester álas de sabiduría, y yo ni las tengo naturales, ni quiero fabricarme con cera unas postizas, que al fin habrian de derretirse y dejarme caer en el abismo de la confusion y del ridículo.

Prefiero que me tacheis con poca justicia de maníático, á que pudierais echarme en cara con harta razon la ignorancia ú olvido de aquel precepto que Horacio impone á todos los que emborronamos papel

Sumite materiam, vestris, qui scribitis, æquam viribus, et versate diu quid ferre recusent, quid valeant humeri.

A la duda que manifestais de que pueda decirse algo curioso de un objeto tan vulgar como el cinturon, nada contesto; en vuestra mano está el salir de ella, con sólo leer unos cuantos renglones más.

El cinturón no es simplemente una parte del complicado aparato en que ha venido á convertirse la primitiva hoja de parra, es un compañero que nos sigue á todas partes, que no nos abandona nunca, que vive y se transforma con nosotros mismos simbolizando nuestra propia existencia. La historia del hombre está escrita en las vicisitudes del cinturón; blanda faja que sujeta sus pañales cuando emprende el camino de la vida, áspero cordel que ciñe el hábito monástico con que suele vestirse para reposar eternamente, cuando ha llegado al fin de la jornada.

Pocos objetos habrá que sean tan interesantes como él, ni que tan vivas y diversas impresiones causen en nuestra alma. Fabricado de piel de Rusia y rodeando el flexible talle de una hermosa, nos enamora; convertido en cíngulo bajo la casulla del sacerdote, nos inspira devoción; transformado en la bordada faja del caudillo nos arrastra al combate llenos de patriótico entusiasmo, y nos lleva á comentar los idiomas de Teócrito, soñando con la vida campestre, si se ofrece á nuestros ojos trocado en la *media vaca* del pastor.

La ineludible ley de procurarse el sustento por medio del trabajo á que quedó sometido el hombre desde los primeros días, hizóle ceñir sus ropas de manera que le dejasen la libertad de movimientos necesaria para labrar la tierra, apacentar los ganados, perseguir la caza y defenderse de los animales feroces.

Este fué el origen del cinturón, que no estuvo mucho tiempo relegado á la humilde condición de los objetos de simple utilidad material, sino que por el contrario, comenzó desde luego á desempeñar un papel importante en el orden de las ideas, adquiriendo sucesivamente las significaciones convencionales más varias y opuestas. Proteo del emblema, sirvió para simbolizar el valor en el soldado, la pureza en la virgen, el vicio en la cortesana, la humildad en el moje, el crimen en el forzado, la alicurnia en el caballero y la justicia en el gobernante. Distintivo honorífico unas veces, infame sambenito otras, ya adorno, ya penitencia, penetró en el campamento, en la cabaña, en el burdel, en el claustro, en la prisión, en el palacio y en el tribunal, llevando á todas partes su variable influjo.

La mitología nos habla de él en muchas ocasiones como de un objeto que los mismos dioses no desdeñaron usar. Si hemos de darle crédito, cuando Vénus se presentó por primera vez en el Olimpo deslumbrando de tal suerte á los inmortales, que todos á una voz la declararon reina de la hermosura, no debió semejante triunfo al poder de sus encantos, ni á la educación que le habían dado las Horas, sino al maravilloso cinturón tejido por las Gracias, que llevaba puesto.

Igualmente celebres son los cinturones de Minerva y Juno, porque á ellos debieron estas dos divinidades los sobrenombres de *Zostera* y de *Cinxia* con que respectivamente las distinguieron griegos y romanos.

La antigüedad del cinturón no es más remota que su uso general y común á todos los pueblos. Del hebreo sabemos por la Biblia, que los hombres lo

llevaban de continuo para sujetar sus vestiduras y poner en él la espada, la bolsa ó el recado de escribir, según eran soldados, mercaderes ó doctores. Las mujeres, conforme al estado y condición de cada una, lo usaban de diferentes clases. El de las casadas llamado *petigil* era muy semejante por su forma y dimensiones á los modernos corsés, el de las solteras consistía en una simple tira de cuero y finalmente, el de las meretrices estaba compuesto de numerosos cordones que se cruzaban al rededor del talie, formando una maraña más difícil de desenredar que la madeja de seda con que ha estado jugando un gato. A este género de cinturones alude el profeta Baruch cuando dice «que las mujeres ceñidas de cuerdas se sentaban á la orilla de los caminos.» *Mulieres circumdatae funibus in viis sedent.*

Entre los romanos, lo mismo que entre los griegos de quienes habían recibido casi todos sus usos y costumbres, el cinturón formaba parte integrante del traje de ambos sexos. Curiosos detalles nos suministran acerca de él, las artes, la tradición, el derecho y la historia.

Llamábase *cingulum virginense* ó *zona partenike* el que llevaban las doncellas, *strophium* el de las matronas y *cestum* el de las Vestales. Los soldados, suspendían de él la espada y el puñal, armas que por esta razón se designaron con el nombre genérico de *parazonium* (pendientes del cinto.)

Es de notar que la manera de llevarlo indicaba el carácter y las costumbres de cada cual y así los personajes graves ponían gran cuidado en apretárselo, al paso que los *troulli* ó *gomosos*, como decimos ahora, hacían gala de usarlo sumamente flojo. Horacio y Sila nos recuerdan este singular contraste hablando el uno de los Cetegos y el otro de César, aquel jóven en quien veía muchos Mários.

Uno de los objetos de la indumentaria antigua que ha dado lugar á más discusiones, es el *cinctus gabinus* verdadero cinturón según unos, no más que cierta manera de llevar la toga según otros.

Sea de ello lo que fuere, ejercía notable influencia en el derecho de testamentación. Cuando los ciudadanos lo tenían puesto ó recogida la toga de aquella manera especial para entrar en batalla, podían hacer el testamento llamado *in procinctu*. Plutarco en la vida de Coriolano hace mérito de esta costumbre con las siguientes frases. *Mos tunc romanis erat, ut in acie constituti, priusque clypeos recipere togasque circumcingerent, tribus aut quatuor audientibus, una sine scripti testamenta conficerent.* Bastaba pues, que el otorgante manifestase su voluntad ante tres testigos, para que aquel testamento tuviera la misma validez que los comunes ó no privilegiados, en que se exigían varias solemnidades.

La importancia del cinturón no disminuyó por el transcurso del tiempo. En la edad media su uso continuó siendo común á todas las clases de la sociedad merced á la forma de los trajes y la costumbre de llevar armas que lo hacían indispensable.

El cinturón de oro constituía en Francia un privilegio para las mujeres honradas y una prohibición para todas las demás. He aquí su origen tradicional.

Acostumbraban entonces todos los que oían misa, á abrazarse en el momento que el sacerdote pronun-

ciaba las palabras *Pax Domini sit semper vobiscum*, y la reina Blanca de Castilla hubo de abrazar cierto día a una cortesana que estaba á su lado, creyendo por el cinturon que llevaba puesto, que era una mujer casada.

Cuando el rey tuvo noticia del suceso, mandó que en adelante ninguna cortesana llevase cinturon de oro, bajo pena de confiscacion y multa. Pero su mandato no fué obedecido, las cortesanas siguieron usando aquel adorno y el vulgo para dar á entender que no era un signo infalible de virtud, inventó el refran que ha llegado hasta nosotros de *Más vale buena fama que cintura dorada*.

DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

POESÍA.

EL ALMA EN UN BESO.

Velaba la preciosa nazarita
De Oscar el triste lecho,
Soportando sus mismas amarguras,
Su mismo afán sintiendo...
Una noche notó por vez primera,
Que el vil eunuco se entregaba al sueño,
Entonces... levantóse recatada
Cuidó el vendaje del cristiano enfermo,
Juntó sus labios á sus labios rojos,
Y el alma toda le entregó en un beso.

DOMINGO ARJONA.

LA VERDAD.

—Solo hay verdad en el hecho.
—No hay más verdad que la idea.
—Siempre errará quien no crea.
—¡La fé! criterio harto estrecho.
—La verdad es el Derecho.
—La Ciencia.
—El Arte.
—El Amor.
—Dios.
—Yo mismo.

—¡Vano ardor
De la loca humanidad!
La verdad... es la verdad
Y en todo hay verdad y error.

FERNANDO ARAUJO.

¡DELIRANDO!

Sé que en la fiebre, en medio del delirio
Mi nombre murmurabas
Y con voces dulcísimas, llorando,
Junto á tí me llamabas:

Que despues que pasó la calentura,
Al saber tu delirio,
Con sourisa sarcástica dijiste:

—¡Qué loco desvarío!—
—Y yo, que cada instante, cada hora,
Consagro á tu recuerdo!
—¡Oh! ¡Cuánto me reiré cuando delire
De éste amor que te tengo!

RAFAEL QUINTANA MEDINA.

RIMAS.

I.

Mis ojos no me engañan:
al pié de aquella cruz están los dos;
como dos inocentes tortolillas
se jurarán amor.
¡Oh falsedad! ¡oh hipocresía! ¡oh mundo!
¡Oh loca ingratitud!
¡Ella también amor me juró un día
al pié de aquella cruz!

II.

Sobre la fria losa de un sepulcro
estas breves palabras fui á escribir:
orgullos, ambiciones, gerarquías,
todo reposa aquí.
Pero el amor ardiente que te tengo
que á ningun otro amor puede igualar;
ese amor que es el cielo de mi alma
¡aun aquí vivirá!

GABRIEL DE ENCISO Y NUÑEZ.

RÁFAGA.

Como el bajel que surca las espumas
Al compás de los remos,
Y como leve sombra pasa rápido
Para perderse léjos:
Como el lirio que crece en la mañana
Entre el rocío envuelto,
Y se trunca á la tarde, por el sopro
Del huracan deshecho:

Como nota de un canto dolorido
Que entona el marinero,
Y que vibra un momento en el espacio
Y se lo lleva el viento:

De aquel amor que me juraste un día
Inmutable y eterno,
No has dado albergue en el jardin de tu alma
Ni á la flor del recuerdo.

FRANCISCO VIVES LIERN.

OLVIDAR.

Quise olvidar su rostro, su mirada,
sus palabras henchidas de pasion,
los puros juramentos
que formaron mi dicha y mi ilusion.

Quise olvidar, su ausencia, sus rigores
mi duelo, mi amargura, mi penar
y mi sola esperanza
la quise en mis delirios olvidar.

¡Vana quimera! que en el pecho mio
no pudo para mi desaparecer
su recuerdo que estaba
unido para siempre con mi ser.

SOFÍA PEREZ DE CASANOVA.

¡CANTA!

I.

¡Tu canto es triste, muy triste!
parece que en él exhalas
todas las penas, que abruman
con sus tormentos el alma;
en esos vagos murmulios
que modula tu garganta,
en esos ecos tristísimos,
que mas que notas son lágrimas,
flota un algo misterioso
que enloquece y arrebatada
y el que te escucha no sabe
si es que lloras ó es que cantas.

II.

Dime: cuando de tus ojos
velas la limpia mirada
y encubres su negro cielo
con tus sedosas pestañas;
cuando la cabeza inclinas
hacia la nevada espalda
y sobre el turgente seno
las blancas manos enlazas;
cuando entonces, de tus labios
ténues murmullos se escapan,
en torrentes de armonías,
¿te quejas, lloras, ó cantas?

III.

Cuando los brazos me tiendes,
tus pupilas se dilatan
y de tu mirada parten
olas de fuego que abrasan;
cuando fascinado y ciego
voy á arrojarme á tus plantas
y pálida te revuelves
y tus manos me rechazan;
las notas, que entonces suben
de tu pecho á la garganta,
mientras que á los cielos miras,
¿son cantos, besos, ó lágrimas?

IV.

¡Tu canto es triste, muy triste!
es el son de una plegaria
que tu corazon eleva
á otras regiones mas altas;
es un himno misterioso
que los ángeles arrastran,
desde tus labios al cielo,
entre el rumor de sus alas.
¡Canta, que en tus cantos brilla

la pureza de tu alma!
¡Canta, que cantando lloras!
¡Canta, angel mio, sí, canta!

ANTONIO JIMENEZ VERDEJO.

NOTICIAS.

Han sido nombrados respectivamente, coadjutor y sacristan mayor de esta iglesia catedral, los señores D. Juan Marquiz y D. Gonzalo Moreno.

El día once por la mañana apareció helado en una choza de la dehesa de Fonseca, un viejo mendigo que se habia refugiado allí para pasar la noche.

Esta noche se presentara por primera vez al público la compañía de zarzuela contratada para el casino Mirobrigense. «El barberillo de Lavapiés» es la obra escogida para su debut.

El sábado pasado falleció Tomasa Hernandez Cardoso, viuda de Cuadrado. Dios la tenga en su seno.

Con el título de «El matrimonio en Roma» acaba de publicar el ilustrado director de «El Eco del Tormes» un bien pensado y no menos bien escrito libro.

Con gran placer hubiéramos dedicado á esta obra un artículo bibliográfico, que harto lo merece, pero nos lo ha impedido la consideracion, de que no pudiendo hacer otra cosa que tributarle elogios y siendo conocida la amistad que con el autor nos une, nuestro juicio crítico hubiera parecido apasionado y parcial.

El libro impreso con elegantes tipos, sobre papel superior, consta de ciento treinta páginas en octavo, y contiene los capitulos siguientes: Los orígenes de Roma.—La familia romana.—El matrimonio religioso.—Las uniones plebeyas.—La mujer y las costumbres.—Las leyes caducarias.—El contrato y sus ceremonias.—Teoría de los impedimentos.—Disolucion y efectos.—El amor y el matrimonio.

Esta obra, cuya adquisicion recomendamos á nuestros lectores, se vende en casa del autor, Pátio de Escuelas 4.º; y en todas las librerías de Salamanca, al precio de 6 rs.

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que por real orden fecha cuatro de los corrientes, publicada en la «Gaceta de Madrid» correspondiente al día nueve de este mes, ha sido prorogado el plazo para la adquisicion de cédulas personales sin recargo, hasta el veinte y ocho de febrero próximo venidero.

Se halla de venta en esta redaccion el «Viaje á Marruecos, escrito por D. Francisco de Urrestarazu. Una peseta el ejemplar.

SECCION DE ANUNCIOS.

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA Y ARTES.

VEÁNSE LAS CONDICIONES EN LA PRIMERA PLANA.



ANIVERSARIO DE LOS SEÑORES

DON ALEJO TURRIENTES DE SU ESPOSA DOÑA INÉS CAYETANO
Y DE SU HIJO DON JULIO TURRIENTES.

En los días 30 y 31 del corriente y 1.º de Febrero próximo, tendrá lugar respectivamente los ANIVERSARIOS de dichos señores en la Iglesia parroquial de S. Isidoro á las 9 de su mañana; los señores sacerdotes que en tales días deseen decir misa en dicha parroquia y aplicarla por el eterno descanso de los finados, se entenderán con el presbítero D. Ramon Guzman que es la persona encargada al efecto.

LOS HIJOS Y HERMANOS RESPECTIVAMENTE DE LOS FINADOS D. PEDRO Y D. RAMON TURRIENTES,

Ruegan á sus amigos se sirvan encomendarles á Dios.

EMPRÉSTITO

DE 175 MILLONES DE PESETA.
SE COMPRAN LÁMINAS DE DICHO EMPRÉSTITO, esten enteras ó solamente los nueve décimos, á los precios siguientes:

Láminas completas, ó sean con los diez décimos al 23 por 100.

Idem con los nueve últimos décimos al 20 por 100.

Tambien se compran recibos provisionales de dicho Empréstito ó sean los talonarios cedidos por las Recaudaciones de contribuciones, pagándolos á diferentes precios segun sus fechas.

En la imprenta de este periódico se dará razon á los interesados.

Mercado de Ciudad-Rodrigo, 13 de Enero.—Trigo candeal, de 40 á 42 rs. fanega.—Id. barbilla, de 37 á 39 id.—Centeno, de 23 á 25 id.—Cebada, de 22 á

24 id.—Algarrobas, de 18 á 20 id.—Garbanzos, de 70 á 100 id.—Patatas, de 2 á 3 reales arropa.—Aceite, de 78 á 80 reales cántaro.—Harinas, de 1.º á 16 rs. arropa.—De 2.º á 15 id.—De 3.º á 13 id.—De 4.º á 8 id.—Menudillo á 6 id.

EN LA CONFITERÍA Y PASTELERÍA DE Francisca Badillo, Campo del Lino, núm. 3, vuelve á espenderse *Turrón de Alicante*, confeccionado nuevamente, por haberse concluido el que hizo para Navidad.

EL MATRIMONIO EN ROMA,
ENSAYO HISTÓRICO-JURÍDICO
POR FERNANDO ARAUJO GOMEZ.

Un elegante volúmen en 8.º, encuadernado á la rústica. Se vende á 6 rs. en toda España y 5 para los suscritores á EL ECO DEL TÓRMES. Los pedidos al autor, Patio de Escuelas, 4; ó á la librería de don Eugenio Calon, Zamora, 5.—Salamanca.

declara á voces, llama sobre mi el escarnio de un pueblo entero y me arranca á la muerte, al único remedio de mis males! ¡Y aún habrá necios que crean en los dioses! ¡oh! no hay dioses, no; no los hay puesto que no aniquilan á esa mujer!

—Fulvio, exclamó el pretor cuando se hubo repuesto algun tanto de su sorpresa, despues de lo que acaba de declarar vuestra esposa, comprendo el obstinado silencio que guardábais. Pero vos, Fábía, añadió, volviéndose á la matrona, aun no habeis revelado el nombre de vuestro cómplice.

—Se llama... Marco Emilio Lépido.

XVIII.

Como si la voz de Fábía, hubiese sido un conjuro mágico, Lépido apareció de repente en medio de la asamblea.

—¡Emilio! ¡ah! ¡vive! exclamó Egeria sin poder contener un grito de alegría. ¡Gracias, Fortuna, gracias, yo te ofrezco un cuadro que represente este feliz suceso (1) y señalar, mientras viva, el día de hoy con una piedra blanca! (2)

La presencia de su amante la embriagaba de placer.

Fulvio por el contrario, sintió impulsos de arrojarle sobre él y despedazarlo entre sus manos, mientras que Fábía llena de terror, presentía que el patricio iba á descubrir su sublime mentira.

(1) *Tabellí votivi. Ex-votos.*

(2) *Albo notanda lapillo.*

—¿Que buskais aquí, Lepido? preguntó el pretor ¿cómo osais presentaros en este recinto estando privado del agua y del fuego?

—Los dioses me envian para salvar la honra de esta mujer, que es tan pura como la misma Vesta, contestó Lépido.

—¡Callad, callad! le dijo Fábía.

—No lo espereis de mi, si callara, sería un vil, un cobarde digno de execracion.

—¡Emilio! suspiró Egeria.

Pero Lépido no la escuchaba. Oidme, dijo con voz solemne dirigiéndose á los jueces. —Habeis acusado á Fulvio de estar en inteligencia conmigo, habeis supuesto que conspirábamos juntos y Fábía ha urdido una mentira heroica para salvarle, ha confesado un delito de que está inocente. Sabed que yo entraba en casa de Fulvio sin que él lo supiera, porque amo á Egeria.

—¡A mi hermana! exclamó Fulvio.

—Si, á vuestra hermana! repitió Lépido y le esplicó en pocas palabras el misterio que encerraban los sucesos de la noche anterior.

—¡Os habeis perdido, y habeis hecho inútil mi sacrificio! murmuró Fábía con desaliento.

Fulvio sentía vergüenza de haber dudado de su esposa. — ¡Era inocente, sacrificaba su honra por salvarme! ¡ah, Fábía, Fábía del alma! exclamó tendiéndola los brazos.

La matrona se arrojó en ellos deshecha en llanto.

Egeria ocultaba su rostro entre las manos.

—Ahora, añadió Lépido, haced de mi lo que querais, pretor, yo he cumplido con mi deber.

—¡Triste deber, Emilio! sollozó su amada.

Aquel extraño incidente, hizo vacilar un momento al magistrado, pero volviéndose luego á los lictores, exclamó con imperioso gesto.

—¡Apoderaos de ese ciudadano!

XIX.

El destino había dispuesto que aquel dramático juicio se prolongara contrariando al pretor, porque cuando los lictores se disponían á cumplir sus órdenes, un nuevo personaje vino á presentarse en escena.

El recién llegado era ni más ni ménos, que el mismo Quinto Fábio Máximo Eburno en persona, á quien se suponía muy léjos de Roma.

Un violento murmullo se dejó oír á su llegada. *El pollo de Júpiter*, como le llamaba el pueblo, fué inmediatamente conocido por el color de su tez que le había valido el mote de Eburno.

Pero si su rostro tenía de ordinario la esplendente blancura del márfil, en aquella ocasión la superaba; parecía de nieve.

—¡Mi hermano vive! ¡gracias, oh dioses! exclamó Fábía alzando los ojos al cielo.

En cambio, Fulvio los bajó avergonzado y confuso. La llegada de Eburno confirmaba la inocencia de Fábía.

El tribunal guardaba silencio.

—Vengo, dijo el patricio á salvaros á todos.

—¡Di mejor á morir conmigo, desgraciado! repuso Lépidó.

—¡Por la rueda de Clotho! no se trata ahora de morir. Pretor, yo soy el hombre á quien Fulvio hirió anoche en su casa y vengo á pedir que pongais en libertad á Lépidó.

más poderosa é incontestable en que puede fundarse exigencia alguna.

—Matrona, repuso gravemente el pretor, mal habeis hecho en llegar hasta aquí, para oír la sentencia de vuestro esposo.

Fulvio permanecía, frío, mudo, inmóvil, impasible. Con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza erguida, ni aun se había dignado mirar á Fábía.

—¡La sentencia! exclamó esta ¿y que sentencia podriais dictar que no fuera para absolverle? ¡Oh! si, vosotros le absolvereis, porque es inocente, ¡le absolvereis! ¡no es cierto?

Era tal el dolor que se revelaba en el semblante, en el acento y en la actitud de Fábía, que el mismo pretor se sintió conmovido.

—Ha muerto á un hombre y ha hecho traición á la república, murmuró.

—¡No, no, os engañais, es inocente!

—Retiráos, matrona.

—Si es preciso, yo diré la verdad, exclamó Fábía retorciéndose los brazos. El hombre á quien Fulvio ha muerto.....

—Concluyamos, dijo el pretor con impaciencia.

—¡Ah! no tengo fuerzas, para ello! sollozó Fábía.

Fulvio dió un paso, como para impedirle que hablara.

—Matrona, repuso el magistrado, si teneis que hacer alguna revelación, hacedla en buen hora, de lo contrario, retiráos.

—Pues bien, si, dijo Fábía haciendo un esfuerzo supremo, sabedlo ¡aquel hombre era mi amante!

Y ocultó su rostro en el seno de Egeria, moribunda de dolor y de vergüenza.

El pretor, los jueces y los circunstantes todos, quedaron estáticos de asombro al escuchar tan inesperada revelación.

—¡Ah miserable! rugió Fulvio mordiéndose las manos de rabia ¡no contenta con cubrirme de deshonra, lo publica, lo